

LAYLA JAMES

*Cinco*

SOBRE  
ELLA

HISTORIA  
HOT  
ERÓTICA



Layla James

**Cinco  
Sobre Ella**

\* \* \*

**HISTORIA ERÓTICA**

**© Copyright 2024 Layla James**  
**Tutti i diritti sono riservati all'Autore**

*È vietata qualsiasi utilizzazione, totale o parziale dell'opera, salvo consenso da parte dell'autore. Ogni riproduzione non espressamente autorizzata dall'autore è da considerarsi come violazione del copyright.*

*Questo romanzo è un'opera di fantasia.  
Qualunque riferimento a luoghi, eventi o persone reali è frutto dell'immaginazione dell'autore ai fini della  
narrazione.*

Tenía diecinueve años y faltaban apenas tres meses para el fatídico día en el que diría “sí” a David Harris, un arquitecto de familia noble con una gran cartera de importantes trabajos a sus espaldas y veinte años mayor que yo.

Unos meses antes me había presentado el proyecto de nuestra nueva casa, una gran villa en la campiña de Swillington, pero quería que la viera sólo después de que al menos la estructura preliminar estuviera terminada.

El sol brillaba alto ese sábado de finales de julio y, como era mi día libre, David me había dicho que se liberaría de sus citas para que pudiéramos reunirnos en la nueva casa hacia el mediodía. Ambos teníamos curiosidad por ver cómo avanzaban las obras: los albañiles habían terminado de cubrir el techo, por lo que podríamos admirar nuestra nueva casa en su forma casi definitiva.

Me propuso que nos encontráramos allí a las doce, de ese modo yo tendría algo de tiempo para ir de compras, e insistió en que llevara a mi madre conmigo, cosa que me irritó bastante. No es que me disgustara la compañía de mi madre, pero por el tono de David comprendí que no confiaba en dejarme sola en la casa con los albañiles.

Se justificó diciendo que no se fiaba de esos tipos rudos de campo. Eso era típico de él: provenía de una familia adinerada de Dunnington, en el norte de Yorkshire, y tenía esa actitud de superioridad, sino de desprecio, hacia las personas que realizaban trabajos manuales.

Queriendo evitar polémicas estériles, llamé a mi madre para preguntarle si podría acompañarme.

—¡Hola Jessica! ¿Cómo estás?

—Todo está bien, mamá. Oye, ¿estás ocupada hoy? Debería ir a ver la casa nueva, los albañiles terminaron el techo, pero ya sabes como es David, ¿verdad? No quiere que vaya sola.

—¡Oh, qué buena noticia! Claro, iré encantada, ¿a qué hora?

—¿Te parece bien si nos encontramos allí a las doce? Antes tendría que hacer algunos recados.

—Muy bien, también quería pasar por casa de Mirka, hace tiempo que me pide que vaya a verla. ¿Está todo bien con David?

—Sí, sí, mamá, no te preocupes. Estamos contentos de que los trabajos avancen, solo que él es así: no confía en nadie...

—Bueno, en este caso lo entiendo: una chica hermosa como tú, sola con esos muchachotes rudos... Mejor si estoy allí también, así tal vez pueda encontrar a uno mono y que esté disponible.

Escuché la risa suave de mi madre en el teléfono.

—¡Mamá, vamos! Eres siempre la misma. Te veré allí a las doce, ¿está bien?

—Está bien, querida, hasta luego.

Mi madre siempre sabía ver el lado positivo de las cosas, creo que nunca la vi preocupada por nada, exactamente lo contrario a David. Solo basta saber que él, en nuestra conversación telefónica, incluso me había recomendado que llevara ropa adecuada.

—No quiero que llegues allá arriba sin nada puesto.

—¿A qué te refieres?

—Sabes a lo que me refiero, está bien que estés en el jardín de tu madre tomando el sol y mostrando el ombligo, pero quisiera que usaras algo sobrio cuando vayas a Swillington, para no llamar la atención de todos esos hombres.

—Por supuesto, David, has hecho bien en decírmelo. En efecto, estaba pensando en ir en bikini pero, si me dices eso, entonces me pondré al menos una camisa y una falda.

—Adelante, hazte la graciosa, Jessica, se escuchan todo tipo de cosas en la televisión. Vamos, tengo que dejarte ahora, te veré a las doce en la casa.

Digamos que los veinte años de diferencia entre nosotros se sentían todos, especialmente en ciertos casos: ansiedades y preocupaciones de todo tipo asaltaban en forma continua a David, podía

decirse que iban de la mano.

Habiendo sido despertada por su llamada justo a las diez, me encontraba a tiempo para prepararme para mi habitual ronda de compras. Al salir de casa me di cuenta de que la temperatura estaba bastante alta, a pesar de que apenas era de mañana, mi auto ya era un horno.

—Al diablo, David... —farfullé en el coche, antes de bajar y regresar a casa para cambiarme.

Ignorando sus instrucciones, me quité los vaqueros y la sudadera y opté por una camisa blanca de mangas cortas y una falda a cuadros ligera, larga hasta las rodillas, que había comprado recientemente. Por supuesto, era un atuendo más bien breve, pero ese calor no dejaba muchas opciones.

Alrededor de las once, después de haber visitado mis tiendas favoritas de Dewsbury, me puse en camino hacia el campo de Swillington, recorriendo las callecitas de la periferia que me llevarían a nuestra nueva casa en construcción.

Levanté la mirada: a lo lejos una masa de nubes negras y amenazadoras se acercaba rápidamente, extendiéndose sobre mi horizonte. En pocos segundos terminé justo en medio de ellas, el cielo de repente se volvió negro y la lluvia comenzó a caer a cántaros. Los relámpagos iluminaban el panorama en lo alto de las colinas, anticipándose por unos segundos al fragor de los truenos.

Como ya no podía ver el camino frente a mí, me vi obligada a detener el coche; permanecí inmóvil en mi carril, esperando a que la tormenta pasara. Después de menos de cinco minutos el cielo comenzó a abrirse, la lluvia torrencial que caía disminuyó en intensidad hasta que súbitamente se detuvo y el sol se asomó entre las nubes.

De un momento a otro me encontré en un entorno surrealista: en ese pequeño lapso de tiempo la atmósfera había cambiado, envolviendo todo en un extraño silencio, roto sólo por el ocasional estruendo de los truenos a lo lejos y el goteo de los árboles a los lados de la carretera.

Reanudé mi camino avanzando con precaución, puesto que algunos tramos de asfalto eran atravesados por auténticos cursos de agua; nada preocupante, pero sí algo molesto.

Por el espejo retrovisor podía ver los nubarrones que se ensañaban descargando abundante lluvia al final del valle a mis espaldas, mientras de frente el sol ya evaporaba el agua del camino.

Casi había llegado: sólo quedaban cuatro kilómetros hasta nuestro nuevo hogar, pero el pequeño riacho que normalmente fluía plácidamente a un lado de la calzada, ahora arreciaba con rápidos inquietantes, arrastrando sedimentos y llegando en algunos lugares hasta casi la superficie de la carretera.

Giré por la ruta que, subiendo la ladera de la colina, me llevaría a mi destino y comencé a tranquilizarme, escuchando el rugir de aquellas aguas amenazadoras cada vez más lejanas.

Después de haber recorrido un par de kilómetros, subiendo la loma con mi pequeño Yaris, me detuve en una curva cerrada para echar un vistazo al valle: un escalofrío atravesó mi espalda. La carretera que acababa de dejar ya no era visible y el pequeño riacho era un río embravecido, de al menos quince metros de ancho.

La situación era cuanto menos surrealista: estaba a pleno sol y un aluvión avanzaba por el fondo del valle, mientras a pocos kilómetros de distancia el horizonte se encontraba cubierto de nubes oscuras y amenazadoras.

*Umm, eso estuvo cerca...*

Volví a subir al auto agradeciendo al cielo y, después de tres curvas cerradas, la espectacular vista de la casa de mis sueños se abrió ante mis ojos.

Claro, los jardines que la rodeaban eran un trabajo en progreso, pero la casa parecía salida de una revista. Era una antigua mansión de estilo victoriano, renovada a la perfección. De los tejados inclinados emergían tres grandes chimeneas y en las paredes de ladrillos vistos destacaban los grandes arcos de las ventanas de madera blanca.

Detuve el coche sintiendo que mis ojos se llenaban de lágrimas: faltaban pocos meses y viviría en ese paraíso.

Volví a ponerme en marcha, crucé la verja de la propiedad y estacioné en el gran jardín delantero, junto a las tres furgonetas de la empresa constructora. Apagué el motor, noté a dos hombres en el salón principal y otros dos mirando por el marco de la gran ventana de la primera planta, a la que aún le faltaba el cristal. En el piso de arriba se asomó otro albañil, quien me hizo señas con la mano.

Abrí la puerta del auto y levanté las piernas para salir, pero antes de apoyarlas en el suelo me detuve: el terreno irregular que conducía a la entrada estaba lleno de charcos de barro, escombros y residuos de todo tipo. Tenía una idea de cómo podía ser una obra en construcción, pero con toda el agua que había caído, no podía pensar en cómo llegaría a la puerta principal.

—¡Eh, me parece que con esas sandalias no vas a llegar muy lejos!

Uno de los hombres se estaba abriendo camino, pasando de un montón de escombros a otro, en medio de los charcos. Con sus grandes botas de goma, no tenía ningún tipo de problema.

Llegó a la puerta abierta de mi coche.

—La señora Harris, ¿verdad?

—Sí, pero todavía no soy una Harris y sea como sea puede llamarme Jessica. ¿Usted es el señor Wilson?

—Sí, encantado, pero llámame tú también simplemente Jason, soy el jefe de obra. ¿Has visto qué cosa tan rara? En cualquier caso, fue solo un gran temporal, afortunadamente no hubo daños. Parece que saliste de la autopista justo a tiempo, te estábamos viendo llegar. Algo es seguro: hoy nadie más podrá pasar por esa carretera. Creo que todos estaremos atrapados aquí hasta mañana.

Sólo en ese momento me di cuenta de lo mucho que había arriesgado: habrían bastado unos minutos más y el río embravecido me habría arrastrado junto con mi Yaris. Una repentina oleada de miedo se apoderó de mí y comencé a temblar, mirándolo con ojos que empezaban a llenarse de lágrimas.

—Tranquila, mi querida, no te preocupes, ahora estás a salvo aquí arriba.

Jason se inclinó hacia mí, asomándose dentro del auto, y me tomó por los hombros, acercándose a su pecho. La adrenalina del miedo abandonó mi cuerpo y me dejé llevar por sus brazos, comenzando a lloriquear como una niña pequeña con el rostro enterrado en su hombro.

—Bien hecho, déjalo salir todo, creo que te llevaste un buen susto. Ten, toma mi pañuelo, está limpio, sécate las lágrimas.

Era tan paciente y amable, acucillado en un gran charco de barro sólo para consolarme. Sus palabras y su voz profunda hicieron que mi miedo desapareciera, las lágrimas se detuvieron. Di un gran suspiro de alivio.

Mis ojos se fijaron en los suyos, profundos y negros como el alquitrán.

—Gracias, Jason.

—¿Cómo estás, te sientes un poco mejor ahora?

Tenía su cara a pocos centímetros de la mía, no pude evitar fijarme en sus facciones: el rostro anguloso cubierto por la barba negra, el cabello azabache con mechones medio húmedos cayendo sobre su frente, los hombros poderosos y el pecho de una plaza y media. Por si fuera poco estaba sin camisa, dada la temperatura que había vuelto a subir repentinamente después del inesperado temporal.

Llevaba unos vaqueros viejos, cortados a modo de shorts, con el dobladillo deshilachado sobre sus musculosas piernas formando un volante de hilos blancos algodón.

Jason se incorporó, de pie frente a mí, y mis ojos se posaron en la hinchazón debajo de la bragueta de sus jeans, justo a la altura de mi cara. Seguí a ese bulto que bajaba de lado hasta llegar al dobladillo de sus pantalones cortos, permitiéndome entrever la punta de su polla a través del velo de hilos de algodón. Inmediatamente intenté apartar la mirada, pero fue en vano, era atraída como un imán por una estaca de hierro.

*Cristo...*

No me importaba lo que estuviera diciendo, mis ojos seguían rebotando arriba y abajo de su

rostro para robar vistazos furtivos. Se trataba sólo de la punta de su polla, pero era tan grande que parecía que me estuviera llamando.

—¿Eh, Jessica? ¿Te sientes mejor ahora?

Me recuperé de ese trance y comprendí que estaba hablando conmigo.

—Sí, sí, gracias. No sé qué me pasó, pero ya estoy mejor.

¡De niña llorona me había convertido de repente en una perra que había entrado en celo!

Una oleada de calor envolvió mi cuello y mi cara, sentí mariposas en mi estómago y mi coño empezaba a palpar. Súbitamente se me ocurrió que entre el proyecto de la nueva casa, la boda y los compromisos laborales, habían pasado al menos tres meses desde el último polvo con David. Y ahora un ejemplar masculino de esa envergadura estaba frente a mí, con el torso desnudo, con su capullo casi colgando de sus pantalones cortos.

Me miró preocupado.

—Tal vez necesitarías recostarte un poco, Jessica.

*Sí, tienes toda la razón, necesito recostarme, inmediatamente, contigo arriba.*

—No, faltaba más, estoy bien, ahora se me pasa. No sé por qué me desmoroné así.

—Es natural, no todos los días estás tan cerca de encontrarte cara a cara con el Creador. Pero ahora todo ha terminado. Mira, están llegando algunos de mis muchachos, me echarán una mano para llevarte a la casa.

Me volví hacia la entrada y vi que otros cuatro hombres se acercaban, también ellos de complexión fuerte, vestidos únicamente con pantalones cortos viejos y rasgados.

—¿Está bien, jefe?

—Sí, está bien, sólo se llevó un buen susto. Jessica, ellos son: Luke, Burt, Ronnie y Matt.

Cuando estuvieron frente a la puerta de mi coche, noté que todos sus ojos se enfocaban en un único punto: mi ingle.

Me di cuenta de que todavía estaba sentada de lado en el asiento, con los pies apoyados en el perfil inferior de la puerta pero, para permitirle a Jason que se acercara y me consolara, mis rodillas se habían abierto descaradamente. La falda de algodón a cuadros había subido casi hasta mis caderas, dejando mis muslos expuestos y ofreciéndoles una vista sin obstáculos de mis braguitas negras. Al menos eran bastante opacas y ocultaban lo mejor posible mi intimidad de las miradas irreverentes de los cuatro hombres.

Acudió a mi mente la recomendación de David, justo cuando Jason interrumpió mis pensamientos.

—Sí, está bien, pero tenemos que llevarla a la casa.

—No, no hace falta, puedo caminar. Gracias.

—No seas tonta, Jessica, el terreno está lleno de escombros y piedras, tropezarás y acabarás en un charco. Si quieres, te llevamos como lo hacen los bomberos.

—¿Y cómo sería eso?

—Me inclino y te cargo en mi hombro.

Mi expresión fue bastante elocuente.

—Uhm...

—De acuerdo, lo tomaré como un no.

Uno de sus hombres intervino para buscar una solución.

—Cada uno de nosotros podría tomar una pierna y Jessica podría rodearnos con sus brazos.

El hombre a su lado arrugó la nariz.

—¿Y si en lugar de eso pusiéramos un saco viejo en la carretilla? Podría sentarse allí.

El rostro de Jason se iluminó.

—Podría funcionar, excepto que sería algo doloroso para su trasero y se ensuciaría toda. Pero si yo me sentara dentro de la carretilla, ella podría sentarse sobre mis muslos.

La idea de que me echaran sobre el hombro como un saco de patatas, o que dos hombres me

llevaran en andas con las piernas abiertas, no me gustaba nada; mucho menos estar sentada sobre las piernas de Jason, con mi trasero descansando en su gran polla. No era precisamente el caso.

—Vamos a hacer esto: tengo una vieja manta de viaje en el coche, si la pongo en la carretilla, puede servirme de cojín.

—Está bien. Luke, coge la carretilla y pon también algunos sacos vacíos de cemento en el fondo. Jessica, ¿dónde está la manta?

Me arrodillé en el asiento y me estiré para coger la manta del compartimiento superior, luego me giré y se la entregué a Jason. Uno de los hombres me ayudó a ponerme de pie y me dejó en la puerta de mi coche, a la espera de que llegara mi improvisado medio de transporte.

Luke se acercó llevando la carretilla lo más cerca posible, pero la maniobra para poder subirme a ella resultó imposible, así que se ubicaron a mi lado y rodearon sus hombros con mis brazos.

—¿Estás lista? —me preguntó Luke, con su rostro a pocos centímetros del mío.

Mi brazo envolvía sus hombros fuertes y desnudos, oscurecidos por el trabajo bajo el sol de aquellos días tórridos.

*No pasa nada, solo tengo que subirme a la carretilla, no hay otra manera.*

—Sí, estoy lista.

Dicho esto, ambos pusieron una mano debajo de mis rodillas y me levantaron colocándome en posición horizontal; me llevaron en el aire con las piernas abiertas hasta llegar sobre la carretilla.

Una vez que me bajaron con el trasero en su interior, quité los brazos de sus hombros y apoyé las manos en los bordes de metal, pero ellos seguían sosteniéndome las piernas levantadas en el aire.

—¡Ey! Vamos, soltadme las piernas.

Jason los miró con una sonrisa torcida. —Vamos chicos, os habéis divertido bastante ya.

Burt y Matt colocaron delicadamente mis pies en la carretilla, obligándome a mantener las piernas dobladas con las rodillas en alto y los muslos desnudos a la vista.

Luke levantó la carretilla y se puso en marcha por el camino que conducía hacia la casa, los otros hombres se apiñaron en un círculo alrededor nuestro.

Jason posó una mano en mi hombro, tranquilizador.

—Lo siento, Jessica, su intención no fue hacerte daño, son niños, siempre quieren bromear. Espero que no te hayan molestado; no vas a quejarte con tu prometido, ¿verdad?

—No, faltaba más, lo entiendo. Además yo no soy como mi David: vengo de una familia modesta, mis padres son ambos trabajadores. No estaba preocupada, sólo se estaban divirtiendo un poco.

—Bueno, eso es verdaderamente tener espíritu deportivo, mi querida, por lo que tengo entendido de tu David, imagino que sabiéndolo se habría vuelto loco.

—Realmente también lo creo. Ni siquiera aprobaría que me llevarais en esta carretilla.

—Ya, al menos no con todos mis muchachos por aquí, mirando tu ropa interior.

—Bueno, no hay problema: eso es todo lo que verán. Cuando llevo falda siempre uso bragas negras y que cubran bien, precisamente para evitar que miradas indiscretas vean lo que no deberían.

El timbre de un teléfono lejano nos interrumpió.

—Ey, ese es mi teléfono.

Jason corrió, chapoteando de charco en charco. Llegó a una gran caravana en el lado derecho de la casa, utilizada como oficina y comedor para todos. Abrió la puerta, subió y después de un par de segundos se asomó por la ventana trasera, agitando el teléfono que tenía en su mano.

—Es tu prometido, parece algo preocupado. Vamos, Luke, tráela aquí, muévete.

Luke se puso en marcha rápidamente, pero los escombros en el suelo chocaban con la pequeña rueda, haciéndome rebotar dentro de la carretilla. Casi termino con el culo en medio del barro, hasta que intervino Jason.

—¡Espera Luke! La pobre pequeña Jessica acabará en el suelo.

Luke detuvo la carretilla y Burt se inclinó del otro lado, poniendo un brazo debajo de mis rodillas

y el restante detrás de mi espalda.

—Vamos hermosa, pasa tu brazo alrededor de mi cuello y sostente fuerte, de lo contrario tu trasero se llenará de moratones.

Obedecí sin pensar mucho y un momento después se lanzó conmigo en brazos en una carrera entre un charco y el otro, esquivando rocas y residuos de todo tipo. Me sentía a salvo, sostenida cerca de su pecho y cargada por esos fuertes brazos que, a pesar de la superficie irregular, no daban señales de ceder ni un centímetro.

Cuando llegamos a la caravana, se acercó hacia la ventana abierta donde Jason se había asomado con su teléfono. Estaba demasiado alto comparado con nosotros, así que Burt me dio la vuelta y me puso sobre su hombro, luego envolvió sus manos alrededor de mi cintura y con un gesto repentino me levantó en el aire y me hizo sentar en la cima de una alta pila de palets cerca de la ventana del remolque.

Sentada allí en el aire, logré coger el teléfono de manos de Jason.

—¡Hola!

—¡Oh, por fin, estaba muy preocupado! Aquí han cerrado todas las carreteras, ni siquiera consigo salir de Bradford.

Mientras estaba ocupada hablando con David, noté que los cuatro hombres se estaban reuniendo delante de la pila de palets donde estaba sentada.

—Estoy bien, todo está en orden. No había necesidad de que te preocuparas.

—¿Y tu madre está ahí contigo?

Si le hubiera dicho que estaba allí sola con cinco albañiles, habría alucinado; decidí decirle a David la primera mentira.

—Sí, sí, está aquí. Ambas estamos bien, tranquilo.

—De acuerdo, trataré de salir de Bradford por Leeds Road y entrar en el valle desde el otro lado, aunque me llevará más tiempo.

—No creo que merezca la pena intentarlo: la carretera del valle ya no existe. No hay forma de subir hasta aquí.

—¿A qué te refieres con que ya no existe?

—A que verdaderamente ya no existe: desde mi posición puede verse que el valle es un inmenso río, inundado hasta al menos treinta metros de ancho.

—Entonces, ¿cómo llegaste hasta allí?

—Acababa de salir del fondo del valle cuando llegó el aluvión.

—¿Y tu madre? ¿Está bien? ¿Se asustó?

—No, tranquilo, ella se encuentra bien, estaba conmigo en el coche. Ahora admira las maravillosas vistas desde nuestra casa.

Le dije a David la segunda mentira, uno de los hombres frente a mí disintió, agitando su dedo.

—Eh, eh, eh, niña mala, no se le miente al marido.

Lo miré, luego puse los ojos en blanco, mientras David seguía haciendo preguntas en el teléfono.

—¿Entonces ambas estáis ilesas?

—Sí, sí, estamos bien, no te preocupes.

Me encontraba en lo alto, con los cinco hombres a mis pies en un semicírculo frente a mí, con sus cabezas alineadas a la altura de la pila de palets en los que estaba sentada. Concentrarme en lo que David me decía se estaba convirtiendo en una hazaña, especialmente con uno de los hombres haciendo gestos estúpidos y muecas ante cada una de mis respuestas. Luego, como si eso no fuera suficiente, Ronnie y Luke se acercaron, colocaron sus manos en el interior de mis rodillas y Ronnie empezó a abrir mis piernas suavemente.

Sin pensar en David al otro lado del teléfono, solté:

—¡Oye! ¡No, quédate quieto!

—¿Qué está pasando? ¿Quién está ahí contigo?

—No, nada, es sólo el gato, que tira el cable del teléfono.

Le dije lo primero que se me cruzó por la cabeza, mintiendo por tercera vez. Ciertamente no podía decirle que tenía cinco hombres que se divertían tratando de mirar mi braguitas.

De todos modos, David estaba alarmado.

—De acuerdo pero, ¿cómo piensas volver a casa? ¿Llamo a los bomberos para ver si te traen en un helicóptero?

—Dios, David... No seas tan melodramático. No me parece una tragedia si paso la noche aquí. Estoy segura de que los chicos tienen comida y además, no estoy sola, aquí arriba.

—Mmh... Está bien, pero pon a Wilson al teléfono, quiero asegurarme de que se ocupe de ti personalmente.

Le devolví el auricular a Jason, quien seguía asomado a la ventana de la caravana.

—Quiere hablar contigo.

Jason volvió al interior del remolque para conversar con mi David, así que traté de encargarme de esos niños, que habían crecido demasiado rápido y que continuaban atormentándome. Me di cuenta, sin embargo, de que estaba demasiado alto, no podía saltar hacia abajo y, por mucho que me esforzaba por apartar sus manos de mis rodillas, eran demasiados y demasiado fuertes.

Hubiera querido gritarles que se detuvieran, pero no podía dejar que David me escuchara; en medio de la sucesión de gestos, susurros y gritos ahogados, Jason apareció en el alféizar de la ventana, para volver a pasarme el teléfono.

—Dime, querido.

—Está bien, hablé con Wilson, le encargué que se ocupara de ti y de tu madre; dijo que esta noche podréis usar su caravana, mientras que él y sus hombres dormirán en la casa. Insiste en que hay suficiente comida, así que supongo que por ahora no hay nada más que pueda hacerse. Si me dices que te parece bien, te confiaré a él, estás en buenas manos. Te llamaré nuevamente mañana por la mañana para que podamos ponernos al día.

—De acuerdo, entonces hablaremos mañana. Te amo.

—Buenas noches, querida.

Lo escuché colgar el teléfono.

—¿Puedo llamar a mi madre? Olvidé que se suponía que nos encontraríamos aquí. Espero que esté bien.

Jason sostuvo en su mano el auricular.

—¿Cuál es su número?

Le dicté el número de su móvil, a los pocos segundos mi madre respondió.

—¿Hola?

—Hola mamá, soy yo. ¿Dónde estás? ¿Estás bien?

—¡Oh! Jessica, lo siento tanto, no imaginas la mañana que tuve: moverse por la ciudad es un auténtico suicidio. No sé si podré subir hasta la casa, mi Mini se averió y coger un taxi me costaría una fortuna.

—Ah, ¿entonces todavía estás en casa?

—Sí, querida, como te dije, tengo el coche parado.

—¿Pero estás bien?

—Por supuesto, ¿por qué?

—Por nada... Escucha mamá, tengo que pedirte un favor.

—Dime, querida, si puedo...

—Esto... David cree que tú estás aquí conmigo.

—¿Cómo, él no está ahí contigo?

—No, aquí hay un verdadero desastre. Apenas tuve tiempo de salir del fondo del valle antes de que el río desbordara, y ahora ya no se ve el camino. David está atrapado en Bradford.

—¡Ay Dios mío! ¡Jessica! ¿Pero tú estás bien?

—Sí, tranquila, mamá, logré subir hasta la casa nueva, estoy a salvo. El hecho es que hace un momento hablé con David y, cuando me preguntó si tú estabas aquí conmigo, le dije que sí. Ya sabes como es él, si supiera que estoy aquí arriba, sola, con todos estos albañiles...

—Oh, vaya. ¿Y qué debo hacer si viene a mi casa?

—Qué dices, él no iría a tu casa ni muerto. Además le dije que estás aquí conmigo, así que diría que no hay problema.

—Entonces exactamente, ¿qué quieres que haga?

—No lo sé, en realidad no lo he pensado. Sea como sea, cuando el agua baje, tendrás que subir aquí a la casa antes de que David llegue.

Durante toda mi conversación tuve que luchar en silencio contra las manos de los hombres que me rodeaban, que se volvían cada vez más audaces, o más prepotentes, de acuerdo a cómo uno quisiera interpretar la situación.

Roonie y Luke habían comenzado a acariciarme las piernas y yo trataba de quitármelos de encima con manotazos, pero era como intentar espantar moscas: tan pronto como ahuyentas a una, te caen encima otras dos o tres.

Entre un castañazo y el otro, levanté la vista de mis piernas enrojecidas por los golpes y me quedé con la boca abierta: uno de ellos, Burt, había comenzado a acariciar su polla. Todavía la tenía dentro de sus pantalones cortos, pero la agarraba en su mano tirando de la tela y mostrándome su tamaño.

—Espera un momento, mamá. —Miré al energúmeno y le grité disgustada—. ¡Oye, asegúrate de dejarla donde está!

Luego me volví hacia Jason.

—Por favor, Jason, díles que se comporten.

Jason presionó el botón de “Mute” del teléfono, para que mi madre no lo escuchara.

—Tengo un amigo que tiene una Land Rover: puedo intentar llamarlo y preguntarle si puede traer a tu madre hasta aquí por el camino que pasa por encima de Garforth.

—¿Quieres decir para hacerla llegar aquí arriba esta noche?

—No, esta noche es demasiado peligroso, pero tal vez mañana por la mañana, antes de que el fondo del valle esté transitable y, cosa mucho más importante para ti, antes de que llegue aquí tu David.

—¡Oh, sí! Sería genial. ¿Puedo preguntarle a mi madre si está de acuerdo con eso?

—Bueno, quizás.

Me miró con una sonrisita pícara estampada en el rostro, sin quitar el dedo del botón de “Mute”: era obvio que había algo más.

—¿Quizás? ¿Qué quieres decir?

—Bueno, Jessica querida, si resuelvo este problema por ti, y logramos mantener a oscuras a tu David sobre las mentiras que le has dicho, debería haber una recompensa, ¿no crees?

—¿Qué? ¿Has perdido la cabeza?

—Ay, ay, ay... Si esa es tu actitud, mi querida, entonces creo que de inmediato colgaré el teléfono a tu madre, llamaré a tu amado David y le diré que no creo que sea oportuno que su prometida pase una noche aquí arriba, sola, con todos mis muchachos. No estoy seguro de querer asumir la responsabilidad de mantenerlos a raya.

—No, Jason, por favor, no lo hagas. Si supiera que le mentí, sería capaz de cancelar la boda. —Hice una rápida evaluación de pros y contras, luego lo miré directo a los ojos—. ¿En qué estabas pensando como recompensa? Espero que no sea nada que tenga que ver con el sexo, ¿verdad?

—¡Pero no! No estaba pensando en sexo. Sin embargo, podrías organizar un pequeño espectáculo para los muchachos, ¿qué opinas?

—¿Pequeño espectáculo? ¿Qué tipo de espectáculo? ¿Te refieres a un striptease?

—Sí, ¿por qué no? Los mantendrá ocupados y, de ese modo, cada uno de nosotros tendrá la parte que le corresponde. ¿De acuerdo?

Extendió su mano para sellar ese pacto un tanto depravado. Lo pensé por un momento, luego se la estreché, por lo demás no tenía muchas alternativas.

—Solo un striptease, sin ningún contacto, y tienes que prometerme que nadie se lo mencionará a nadie.

—Te lo garantizo, ¿cierto chicos?

Jason se asomó a la ventana de la caravana y miró a sus muchachos, quienes respondieron con un aplauso general, seguido de silbidos de estadio y gestos enérgicos.

*¡Dios mío, en qué lío me he metido!*

—Está bien, tenemos un trato con el striptease, pero nada más, ¿vale? ¿Puedo preguntarle a mi madre a qué hora quiere que la recojan mañana por la mañana?

Soltó el botón de “Mute” y me pasó el teléfono.

—Estoy aquí mamá, perdona, pero Jason Wilson, el jefe de obra, dice que tiene un amigo con un vehículo todoterreno que puede ir a recogerte mañana por la mañana y traerte hasta aquí arriba usando el camino que pasa sobre Garforth.

—Ah, bien, ¿pero es seguro?

—Dice que depende del tiempo que haga mañana por la mañana, si todo está bien, estarás aquí antes de que reabran la carretera del fondo del valle. Y sobre todo, antes de que llegue David, que es lo más importante.

—Por mí está bien. Sin embargo me pregunto: ¿estarás a salvo allí arriba, sola con todos esos hombres?

—Pero por supuesto, no es que vayan a violarme. Faltaría más: sé bien quienes son, nunca se atreverían.

—Está bien, querida, entonces estaré lista mañana a las siete y media. Buenas noches.

—Adiós, mamá, buenas noches a ti también.

Levanté la mirada hacia los hombres que estaban de pie frente a mí: tres de ellos se habían bajado los pantalones cortos y sostenían sus duras pollas en sus manos, acariciándolas obscenamente.

Le devolví el teléfono a Jason y lo miré con ojos suplicantes. —Jason, por favor, díselo.

—¿Decirles qué? Sólo te están mostrando lo mucho que les gustas.

—Pero acordamos que no habría ningún contacto...

—Eh, cuánto alboroto. No te están tocando, ¿no?

—No, pero no me siento precisamente tranquila con ellos jugando con sus... cosos.

Jason se echó a reír.

—He oído muchos nombres para la polla, pero “coso” me suena realmente extraño. —Se volvió hacia sus hombres—. Vamos, chicos, coged a nuestra Jessica. Llévemola dentro para que pueda mostrarnos sus encantos.

Ronnie y Luke se acercaron para agarrarme, pero puse mis manos frente a mí, deteniéndolos.

—Un momento. Prometiste que no me tocarían. ¿No hay una escalera?

—Maldita sea, Jessica, no me digas que no quieres que alguien te ayude a bajar de ahí.

—Ya sé cómo terminará esto, Jason: empezaran con sus manos en mis caderas y antes de que pueda decir algo, las meterán en mi camisa. Puedo hacerlo sola. —Intenté arrastrarme un poco hacia delante para acercarme al borde del palet, pero de repente sentí un pinchazo debajo de mi muslo—. ¡Ay! ¡Oh, mi trasero!

Arrastrándome en la áspera madera con mis muslos desnudos, había conseguido clavarme una astilla justo ahí abajo.

Jason me miró preocupado.

—¿Qué ocurre?

—Se me clavó una astilla.

El hombre hizo una mueca de compasión.

—Vamos, Luke, estírate y cógela, pero asegúrate de levantarla primero hacia atrás, para sacarla de

la astilla. Y tú, Jessica, quédate quieta: si me hubieras escuchado antes, esto no habría sucedido.

Luke se extendió, agarró mis caderas con sus fuertes manos y me elevó en el aire, empujándome al mismo tiempo hacia atrás.

—¡Ay!

Sin titubear, me levantó del palet y me cargó en su hombro izquierdo, como un saco de patatas. Mis brazos colgaban a lo largo de su espalda desnuda, mientras sentía sus rudas manos apretar la parte trasera de mis muslos, justo por encima de la rodilla.

—Llévala dentro —ordenó Jason.

Luke entró y me posó sobre la *dinette* del fondo, que ocupaba todo el ancho de la caravana, abierta a modo de cama. Jason se arrodilló frente a mí y rodeó mis tobillos con sus manos.

—Veamos qué sucedió.

Ante esas palabras, levantó mis piernas haciendo que me inclinara hacia atrás, tumbada sobre mi espalda.

—Eso es, Luke, mantenlos quietos. —Le entregó mis tobillos a Luke, quien los empujó hacia arriba, hasta casi hacerme tocar sus hombros con mis rodillas.

Me di cuenta de la posición obscena, con las piernas abiertas en el aire, en la que me mantenían recostada sobre el colchón.

—Lo siento pero, ¿es realmente necesario?

Jason me miró serio, con aire de cirujano improvisado.

—Tenemos que sacarla, no quisiera que se infecte. Veamos... Ah, aquí está.

—¿Puedes verla?

—Sí. El araño se ve claramente, pero creo que se rompió, podría haberte quedado la punta dentro.

—No hay problema, mañana le pondré un poco de pomada.

—No seas boba, te sujetaré las piernas para que Luke pueda echar un vistazo: es joven y de cerca ve mucho mejor que yo.

Intercambiaron lugares, sin preocuparse por si yo quería o no encontrarme en esa posición embarazosa.

Luke se arrodilló y desapareció de mi vista; con las piernas en el aire esperando sus atenciones, mi libido comenzó a crecer de manera flagrante. Además, la astilla no se había alojado en mi trasero, sino en la parte interna del muslo, en la base de la nalga izquierda, justo al lado de mis braguitas.

Cuando sus dedos rozaron mi piel en ese punto, no pude contener un profundo suspiro.

—Mmm...

—Lo siento, ¿te duele?

—No, tranquilo, solo me has cogido por sorpresa.

—Bien, entonces intentaré apretar un poco más, para ver si puedo hacerla salir. Si te duele, dímelo.

Sus dedos empezaron a tantear toda la zona, rozando con sus nudillos los labios exteriores de mi coño, cubiertos por la tela de mis bragas. Un calor repentino envolvió mi vientre, sentí un palpitar irrefrenable en esa área, ante el toque del pulgar y del índice buscando en mi piel.

*Vamos, Jessica, resiste, en un momento te la sacaré y todo habrá acabado.*

Esperando que los dos hombres no notaran mi excitación, me concentré en mi inminente boda, en la lista de regalos, tratando de engañar ese fuerte latido que crecía dentro de mí. Pero cuando el Diablo mete la cola...

Mientras sentía los dedos de su mano derecha alrededor de la herida de la astilla, de repente otros dos dedos se deslizaron delicadamente debajo del borde de mis braguitas.

Ese contacto me dejó sin aliento.

—Pero... Qué...

Sin dudarlo, Luke comenzó a acariciar los labios de mi coño, de arriba a abajo, en un movimiento

suave, encantador y continuo.

Me mordí el labio inferior para evitar gemir y también para contener los estremecimientos de placer que mi cuerpo me estaba empujando a hacer, pero no había manera de impedir que mi coño se mojara, vergonzosamente, ante el toque de sus dedos.

Después de pasar tres o cuatro veces por la zona, sus dedos irreverentes presionaron, hundiéndose en mi raja empapada, deslizándose más y más profundamente para buscar la entrada a mi coño.

Cada duda o miedo que tenía se hizo realidad: me estaba masturbando deliberadamente y, con las piernas abiertas levantadas en el aire por Jason, estaba en una posición que no dejaba espacio a excusas de ningún tipo.

—No... Qué... Haces...

Intenté resistirme, en un último atisbo de lucidez, pero era como si tuviera la garganta seca y las palabras se negaran a salir de mis labios. A diferencia de mi coño, que sentía se estaba mojando cada vez más, abriéndose a sus descarados dedos, revelando todo mi placer.

—Estoy seguro que todavía hay algo aquí, pero no puedo quitarlo. Mantén sus piernas un poco más abiertas, jefe, trataré de succionarlo, veamos qué sucede.

—Yo... P... Por favor... No...

Jason apretó con más fuerza mis tobillos y abrió mis piernas de par en par, con una sonrisa hipócrita fingió preocuparse por mi turbación. —¿Todo está bien?

—Por favor, no, olvidémoslo.

—Jessica, no seas tonta: tenemos que sacarla. Solo dime si te duele.

Luke continuaba imperturbable con sus atenciones, sin hacer caso a mis protestas, y dada la posición en la que me encontraba, ni siquiera podía ver lo que estaba haciendo. Solamente sentía sus dedos dentro de mis bragas separando mis labios, hundiéndose cada vez más profundamente en mi coño. Sin embargo, cuando su boca se posó en la zona de la astilla, los quitó, dejándome recuperar el aliento.

*Abí está, todo terminó, únicamente quería divertirse un poco.*

Fue solo una mera ilusión. Deslizó toda su mano izquierda debajo de la tela y empujó lo que, a juzgar por el tamaño, debía ser su pulgar, hasta el fondo de mi coño. Caliente y empapada como estaba, no encontró ninguna resistencia, casi fue absorbido.

—Mmh... N... No... Por favor...

Jason aflojó un poco su agarre en mis tobillos.

—¿Qué sucede, te pica?

—No, por favor, dile que se detenga.

—Espera, Luke, se está enfadando.

Luke se apartó con la boca, pero mantuvo su pulgar todavía en las profundidades de mi coño.

—No me parece contrariada, tuve la impresión de que lo estaba disfrutando.

Luego de pronunciar esas palabras, sacó el pulgar para colar en mi interior sus dedos índice y medio, y comenzó a deslizarlos con una enloquecedora lentitud, hacia adentro y afuera, en toda su longitud, esperando mi reacción.

Podía decirme cualquier mentira, a mí misma o a ellos, pero mi coño era honesto: lo adoraba. Mis caderas se elevaron para ir al encuentro de sus movimientos, oleadas de placer recorrían mi cuerpo, mientras él me penetraba profundamente con sus dos dedos, volviéndome incapaz de pronunciar una sola palabra.

Luke se detuvo, con sus falanges todavía completamente dentro de mí, mirándome en busca de una confirmación, sin embargo me tomó al menos medio minuto recuperarme y poder articular alguna palabra.

—Por favor... Detente... Prometiste no tocarme.

Sabía que no era nada creíble, pero al menos lo intenté, a pesar de que mi estado de excitación

delataba mis palabras.

Por toda respuesta, Luke sacó lentamente los dedos y se los llevó a la boca, luego se volvió hacia la puerta y las ventanas, para mostrarles a los demás lo que estaba haciendo.

Fue entonces cuando me di cuenta de que les estaba dando a todos esos hombres un espectáculo que iba mucho más allá del striptease que habíamos acordado, y Luke lo estaba disfrutando al máximo.

—Espera, querida, todavía no he quitado esa astilla. Si mantengo los dedos en su lugar, ¿me dejarás intentar ver si puedo succionar a esa pequeña bastarda?

Jason lo apoyó.

—Tiene sentido, Jessica, si la dejas ahí, seguro que se infectará.

Me sentía estúpida, pero al mismo tiempo mi cuerpo quería a toda costa darle una oportunidad a Luke, incluso si la astilla era el último de mis problemas. En realidad, ya había aceptado hacerles un striptease, sin embargo, encontrarme en esa situación, a merced de esos hombretones, me hizo recapacitar por un momento.

—Está bien, puedes intentarlo, pero por favor trata de no exponerme así a los demás.

Luke acercó su rostro y su boca comenzó a chupar alrededor de la zona de la astilla, pero tras un puñado de segundos sentí su lengua rozar mi piel sensible, alrededor de la herida, luego cada vez más cerca de mis braguitas, último bastión de defensa de mi coño caliente, que palpitaba sin control.

A esas alturas ya no podía negarme ni protestar, la tela empapada que me cubría era la prueba innegable de mi culpa, y Luke ciertamente no era estúpido.

—Um, veo que mis tratamientos están funcionando, pero quizás necesitemos actuar más a fondo.

Con un gesto repentino, hizo a un lado mis bragas, exponiendo completamente mi coño empapado, listo para satisfacer su hambre. Se lanzó con la boca abierta envolviendo mis labios hinchados, los chupó con fuerza, saboreando mis humores y haciéndome jadear.

—¡Oh Dios! Mmm...

Manteniendo mis labios cautivos con su boca, deslizó lentamente su lengua entre ellos y comenzó a moverla hacia arriba y hacia abajo, abriéndome y deleitándome con su repetido ir y venir.

—Dios... qué... qué me estás haciendo...

Sabía cómo comer coños, definitivamente sabía hacerlo. Desconecté completamente mi razón y me abandoné a su lengua, que subió por mi raja empapada hasta mi clítoris y se detuvo allí, rodeándolo sin tregua.

Sentí que mi botoncito se endurecía como una roca, mientras su lengua volvía sobre sus pasos, deslizándose entre mis labios hacia abajo, para colarse en mi coño. Exploró cada centímetro de mi intimidad, luego se apartó, dejándome jadeando para que recuperara el aliento, con mi corazón bombeando a toda velocidad.

Lo deseaba. Aún. Más.

Percibí un movimiento cerca de mí, abrí los ojos y me di cuenta de que Jason se había movido. Pensé que quería detener a Luke, pero me equivocaba: se había inclinado y había ocupado su lugar, comenzando a lamer mi coño.

Su técnica era diferente, pero igualmente efectiva, en pocos segundos me llevó al cielo; impulsé mis caderas para ofrecerle mi coño, empujándolo contra sus labios voraces.

Al sentirme tan involucrada, metió dos dedos en mí, alcanzó mi punto “G” y empezó a presionarlo con delicadeza, mientras con su lengua trabajaba con tesón mi clítoris turgente y palpitante. Sentí que mi placer crecía repentinamente, todo mi cuerpo se tensó, para luego dejarse llevar en un orgasmo violento e incontrolable.

—¡Ay Dios! ¡Dios! ¡Sí, sí, sí! Dios... Siiii...Siiii...

Todo mi ser fue atravesado por fuertes descargas de placer, me retorció a merced de las contracciones, al tiempo que sentía la boca de Jason dejar mi clítoris que se había vuelto hipersensible.

Después de unos segundos me relajé, disfrutando de las últimas oleadas de placer, abrí los ojos y noté que tanto Jason como Luke se habían hecho a un lado para que todos los demás hombres pudieran verme bien mientras me contorsionaba, jadeando, con el coño goteando juguitos.

Jason puso una mano en mi frente sudorosa.

—¿Estás bien?

*Por supuesto que estoy bien, ¡demasiado bien!*

—Habías prometido...no... tocarme...

—Sin embargo, me parece que te gustó.

—Pero me lo habías... prometido..

—Vamos, no estés enfadada, no te hicimos daño. Además, podríamos haberte echado un buen polvo, sin embargo no lo hicimos. Entonces, ¿no deberías estar agradecida?

En efecto, tenía razón: estaba segura de que Luke me habría follado una vez que me hubiera hecho excitar.

—Bueno, entonces... tal vez sí.

Me senté, acababa de arreglarme las braguitas para cubrirme el coño cuando Jason cogió mi mano.

—Ven entonces, muéstrame lo agradecida que estás.

—Oh, no. ¿Qué es lo que quieres ahora?

—No seas aguafiestas, vamos. Me dijiste antes que eras una chica de clase trabajadora, como nosotros. No te hagas la altanera justo ahora.

—Uff...¿Qué quieres que haga?

—Ven a sentarte en mis rodillas, solo un pequeño beso, una caricia, vamos.

—¿Solo tú?

—Por supuesto, solo yo. Vamos, tú y yo.

Me levanté y me acerqué a él. No podía negar que ejercía una cierta fascinación sobre mí.

—De acuerdo, un beso, pero nada de bromas, ¿eh?

Me senté sobre sus poderosos muslos, esperando ansiosa un gesto suyo. Envolvió mi espalda con su brazo, me atrajo hacia él y fijó su mirada en mí por un momento, haciendo que me hundiera en la profundidad de sus ojos negros, al tiempo que apoyaba delicadamente sus labios en los míos.

Sentí su mano apretar mi cadera, al tiempo que nuestras lenguas se buscaban en nuestras ávidas bocas; mis manos recorrieron sus hombros desnudos, sus bíceps, mientras los demás hombres intercambiaban comentarios en voz baja.

No pasó mucho para que mi ansiedad inicial se disipara y comenzara a responder a sus avances en forma voluntaria. Incluso cuando sentí a su otra mano hacer saltar los botones de mi blusa y abrirse camino en mi pecho agitado, lo dejé hacer sin oponer la más mínima resistencia.

Inmersa en ese beso que quitaba el aliento, sentía su mano explorando mi pecho, apretándolo, cogiendo mi duro pezón entre el pulgar y el índice.

De repente sentí dos manos deslizarse por la parte superior de mi camisa y bajar por mi cuello, con un toque ligero que me electrizaba de la cabeza a los pies: era Luke, ciertamente no podía quedarse ahí a mirar.

Apartó mi camisa con una gentileza extenuante, la deslizó por mis brazos y yo lo ayudé a quitármela, sin nunca separarme de los labios de Jason. Sentí los dedos de Luke bajar a lo largo de mi espalda, hasta el cierre de mi sujetador, y abrirlo sin vacilar, exponiendo mis tetas a los deseos de ellos.

Estaba apretujada entre sus dos torsos desnudos, con sus manos exploraban cada rincón de mi cuerpo, deteniéndose en mis tetas y en mis pezones; mi coño mojado palpitaba en mis braguitas, incapaces de contener mi deseo explosivo.

Sabía que si los dejaba continuar, llegaría a un punto sin retorno, como acababa de pasar, en el que mi voluntad se desvanecería junto con mi razón.

Antes de que fuera demasiado tarde, meforcé a apartar mis labios de los de Jason, tomé aire y traté de parar a sus descaradas manos.

—¡Bien, bien! Creo que lo mejor será detenernos aquí.

Luke, detrás de mí, se acercó a mi oreja, uno de sus mechones rubios me hizo cosquillas en el cuello.

—Vamos, apenas estábamos empezando a divertirnos.

Respondí a su lánguido susurro con un hilo de voz, sin la menor convicción. —Exacto, y es precisamente lo que temía. —Miré a Jason fijamente a los ojos—. Dijiste solo un besito y te lo di, pero me quitasteis el sujetador. Si no nos detenemos ahora, quién sabe dónde acabaremos.

Moviéndome sobre sus piernas, froté mi muslo contra su dura polla, aprisionada en sus shorts, haciéndolo jadear.

—No haría nada que tú no quisieras, no creo en el uso de la fuerza.

—No estaba diciendo que me forzasteis, pero seguro sabéis cómo hacer que una chica olvide todas sus inhibiciones.

Jason sonrió.

—Ahora sí que me gustas: no es que no te fíes de nosotros, no te fíes de ti misma. Eso me da una idea para un juego.

—Oh, no... ¿En qué estás pensando ahora? ¿No he hecho demasiado ya?

—Bueno, sabes, aceptaste desnudarte para los chicos, pero ahora han visto tanto tus tetas como tu coño, por lo que el striptease ya no tendría sentido.

—¿Entonces? ¿Qué esperas que haga?

—Podríamos jugar al escondite. Tú te escondes y todos nosotros te buscamos. Quien te encuentre puede besarte y tocarte donde quiera durante diez minutos. ¿Qué dices?

*Dios, en qué lío me metí... Lo cierto es que imaginación no le falta.*

—En esencia, admitiendo que esté de acuerdo y que vosotros me encontrareis, ¿con cuántos hombres debería enrollarme?

—Como ves, nosotros sólo somos cinco; no me vas a decir que somos muchos, ¿verdad?

Cachonda sí, pero estúpida no.

—Pero si todos vais a intentarlo, ¿qué sentido tiene que me esconda? Aún así, creo que si me dejo besar por los cinco, debería ser suficiente.

—Así que estás bien con el juego, ¿solo te preocupa el número de veces que deberás jugarlo?

—Jason, hablemos claro, ya no soy una niña, aunque solo tenga diecinueve años y vosotros sois cinco sois hombres mayores y robustos. Si me escondo y me buscáis, seguramente alguno de tus chicos me encontrará. ¿Y qué pasará después? Quien me encuentra me pone en el suelo y empieza a enrollarse conmigo, pero ¿quién cuenta el tiempo? ¿Cómo puedo estar segura que no hará nada más que besarme?

Jason respondió con tono firme, sabía lo que quería, para él y para sus muchachos.

—Bueno, si no confías, entonces las reglas las hago yo. Antes que nada, tienes que desvestirte por completo.

—¿Qué? ¿Estás bromeando?

—No, nunca había sido tan serio. Total, ya habías aceptado desvestirte y nosotros ya te hemos visto desnuda. Además, allá afuera hace calor, así que te daremos un buen par de botas para que puedas chapotear todo lo que quieras sin temor a ensuciarte la ropa.

—Um... Y si accedo a caminar desnuda y esconderme, ¿qué pasará cuando alguien me encuentre?

—Tiene que llamarnos a todos y traerte de regreso aquí, a la caravana. Entonces tendrá derecho a pasar diez minutos contigo en esta cama.

—¿Y tú piensas que conmigo desnuda en la cama con él, simplemente me besará? ¿Crees que soy tan ingenua?

—Jessica, ya te lo dije: sin forzar. Si dices que no, lo detendremos.

—Pero si la situación se degenera y pierdo el control, ¿lo dejarás llegar hasta el final?

—Por supuesto, pero depende solo de ti: si dices basta, lo pararemos. ¿Crees que no podrás aguantar por diez minutos?

—No estoy segura. Hacer un striptease es una cosa, dejar a cinco bestias como vosotros libres de comerme viva, es otra.

—Vamos, Jessica, ¿qué te preocupa? Quien te encuentre solo hará lo que tú le permitas hacer. Por lo demás, puedes imaginar cómo son estas cosas, si ahora te niegas a jugar un poco con nosotros, quizás uno de mis muchachos lo tome a mal y vaya a contarle a tu David lo que sucedió conmigo y Luke hace un momento. Me refiero a eso de antes, ¿sabes? Él y yo comiéndote el coño y tú...

—Entiendo, entiendo, es suficiente. No es nada bonito. Ya me has engañado, ¿ahora también me amenazas?

—No te enfades, no te estaba amenazando, simplemente decía que los chicos han sido pacientes hasta ahora y apenas han podido ver cómo eres. Vamos, es solo un juego, y continuará mientras tú lo permitas. ¿Qué te preocupa?

—No estoy convencida de poder fiarme de ti cuando se trata de detener a uno de tus hombres.

Jason colocó su mano abierta en el centro de su pecho desnudo, con aire solemne. —Te doy mi palabra: todo lo que deberás hacer será decir un simple “no”.

—¿Y me prometes que no habrá nadie que me mantenga la boca cerrada?

—Lo juro por la tumba de mi madre.

—Um... Está bien. Pero solo una vez por cabeza y no más de diez minutos cada uno.

—Buena chica, veo que has entendido. Aquí tienes las botas, pueden ser grandes, pero protegerán tus pies mientras estás ahí afuera. Ahora quítate la falda y las braguitas. Nosotros contaremos hasta cincuenta para que tengas tiempo de esconderte.

Me desnudé y me puse esas grandes botas de goma, que además de hacerme ver ridícula, me impedían moverme. Cuando me levanté y salí de la caravana, los otros tres hombres se apiñaron a mi alrededor, sus manos me tocaron por todas partes mientras yo intentaba avanzar, espantándolos como moscas.

Me retuvieron sus insolentes manoseos durante al menos un minuto, tal es así que Jason tuvo tiempo de contar hasta cincuenta y luego se asomó a la puerta.

—Cuatro, tres, dos, uno... Oye, ¿por qué no te escondiste todavía?

—No es justo, no era parte del acuerdo que me dejara tocar así por todos.

—¡Vamos chicos, soltadla que ya había contado hasta cincuenta! Haremos lo siguiente: contaré hasta treinta ahora.

Sus manos dejaron ir a mi cuerpo desnudo y yo me encaminé con dificultad, con las grandes botas, hacia el jardín. Encontré una vieja lona de plástico verde que cubría algunos ladrillos y me arrodillé debajo de ella, pasándola por mi cabeza. Me mantuve inmóvil, sin pestañear, esperando lo inevitable.

No pasó mucho tiempo, la lona se levantó, y a contraluz pude identificar al más grande de ellos, completamente afeitado y lleno de tatuajes en todo el cuerpo: Ronnie.

—¡La encontré!

Me puse de pie, indecisa sobre qué hacer. Él cogió mi mano y la llevó hasta la parte delantera de sus pantalones cortos, mientras con la otra luchaba con su cremallera. No tuve el valor de mirar, pero lo siguiente que supe fue que estaba envolviendo mis dedos alrededor de su polla.

Lo sentí palpar mientras se llenaba, hinchándose en mi mano.

*¡Dios, qué grande la tiene!*

Tomó mis mejillas con su otra mano y las apretó, luego se inclinó con su boca y me besó, mientras los latidos de su polla en mi mano hacían eco a aquellos que estaban perturbando mi coño.

Quitó su mano de mi rostro, me miró a los ojos y la bajó lentamente, tocando mi pecho, mi pezón duro, luego más abajo, a las caderas, hasta mi ingle, y se deslizó entre mis muslos apretados.

—Eres caliente y hermosa, Jessica. Te deseo. Ahora.

Más que una petición fue una orden, que mi cuerpo no me habría permitido rechazar.

—Yo... Tú no puedes...

Apretó mis dos brazos, casi levantándose del suelo.

—Yo quiero y puedo.

Cerró su mano con fuerza alrededor de mi muñeca y me arrastró, poniéndose en marcha hacia la caravana. Con esas grandes botas apenas podía mantenerme en pie, tropezando cada dos pasos, pero él me sostuvo, evitando que terminara en medio del pantano.

Me empujó dentro y me arrojó sobre el colchón de la *dinette*, luego se detuvo en el umbral, dándome tiempo para mirarlo mejor: era más alto que los demás, con músculos tensos y dos hombros tan anchos como los de un toro, de los que partían dos tatuajes tribales que le llegaban hasta el cuello. Más que de un albañil tenía el aspecto de un guerrero vikingo, con solo una pequeña franja de cabello rojizo en la parte alta de su cráneo bien afeitado.

Me miró con sus ojos verdes como el océano y asintió, mientras yo subía mis piernas a mi pecho.

—¿Qué quieres de mí?

—Sabes muy bien lo que quiero.

Se acercó, levantó mi pierna derecha y me quitó la bota, luego hizo lo mismo con la izquierda.

Estaba desnuda y a su merced.

Intenté controlarlo, pero mi cuerpo lo apoyaba a él más que a mí.

—Ya me besaste y me tocaste... Sólo te quedarán dos o tres minutos...

Por toda respuesta a mis vanas palabras, metió los pulgares en la cintura de sus pantalones cortos y los bajó hasta sus pies. Se los quitó, los tiró al suelo y se quedó desnudo frente a mí, inmóvil y escultural, con su gran polla dura irguiéndose orgullosa, apuntando hacia quien suscribe.

Sin decir una palabra, se arrodilló y se acercó a mi con su cara, haciendo que rápidamente apretara las piernas por una especie de estúpido pudor, pero él las agarró desde el interior y las abrió, exponiéndome por completo a su voracidad.

—Eres muy hermosa...

Se detuvo un momento a observarme, luego bajó su boca ávida para envolver todo mi coño como si quisiera devorarlo.

Me rendí, no pudiendo y no queriendo oponer más resistencia; levanté las caderas y extendí las manos para agarrar su nuca. Eché la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados, en plena adoración de su hábil lengua, que exploró primero mis labios, luego, deslizándose con la punta en el medio, llegó a mi clitoris y comenzó a estimularlo.

—Uuh...Dios... Sí...

Ya no estaba en mí, era incapaz de resistir a esos increíbles estímulos. Mi respiración se volvió entrecortada, mis pulsaciones aumentaron, mientras sensaciones inesperadas perturbaban mi cuerpo. Una mano descansaba sobre mi pecho derecho, otra sobre el izquierdo y... dos dedos se deslizaron directamente en mi coño mojado.

*Una, dos...¿tres manos?*

Abrí los ojos y se me presentó una escena que tenía algo de demoníaca: estaba rodeada por los cinco, desnudos y con las pollas erectas. Jason, acostado junto a mí, giró mi cabeza hacia su rostro, listo para reanudar sus besos franceses.

—Ronnie está disfrutando de su premio, pero me parecía injusto para los otros chicos que sólo él se divirtiera. ¿No crees?

No me dio tiempo a responder, su boca se pegó a la mía, succionando mi alma con un beso que no permitía respuestas.

En un instante, las manos sobre mi cuerpo se multiplicaron; los cinco hombres comenzaron a

divertirse conmigo, estimulando mis pezones, chupándolos y mordisqueándolos delicadamente.

Me sentía como si estuviera en uno de los círculos del infierno. Del cual, sin embargo, no tenía ninguna intención de salir.

Mientras Ronnie seguía comiendo mi coño, cada parte de mi cuerpo era víctima de sus atenciones. Absorta en el placer, con los ojos entrecerrados, sentí incluso que me masajeaban y chupaban los dedos de los pies.

Jason retiró su lengua de mi boca. Abrí los ojos para ver quién había tomado su lugar, pero él acarició suavemente mis párpados con la yema de sus dedos y dejé que me los cerrara nuevamente. Inmediatamente a continuación, algo suave y cálido se posó en mis labios, mientras una mano tiraba de mi cabeza hacia delante.

No tuve tiempo de decir nada, su polla ya había abierto mis labios y empujaba para entrar. Traté de resistirme, pero sabía que no era lo suficientemente fuerte como para obligarlo a salir y nunca me habría atrevido a morderlo.

Para ser sincera, desde que noté el gran bulto en sus pantalones cortos me había preguntado cómo sería tenerlo en mi boca y chuparlo, y ahora la mayor parte de su capullo había entrado en mí.

Comencé a chuparlo, lo sentí engrosarse y volverse cada vez más duro, él lo deslizó dentro y fuera de mi boca, abierta al máximo para poder alojarlo. En comparación, la polla de David salía mal parada tanto en tamaño como en dureza; su enorme chorra ya se había vuelto de mármol y palpitaba, luchando por llegar a mi garganta, empujada por Jason, completamente desnudo a mi lado.

—Buen trabajo, Jessica, abre bien la boca y cógela toda, te gusta, ¿eh?

La sacó para darme tiempo a respirar profundamente, lo miré a los ojos y abrí nuevamente los labios, víctima voluntaria de su perversión.

—La quieres, ¿eh? Quieres mi gran polla en tu boca, ¿no?

Sentir que me llenaba tanto que no podía respirar era una sensación que me dejaba sin aliento... en todos los sentidos. Asentí con la cabeza y él volvió a entrar en mí, su gran capullo se estableció en mi garganta, dejándome sin aire nuevamente, con el corazón latiendo enloquecido.

Estaba tan concentrada en el comportamiento perverso de Jason que no había puesto atención a Ronnie. Ya no lo sentía trabajar con su lengua en mi clítoris, y mientras me preguntaba qué tenía en mente, sentí que su polla se deslizaba dentro de mi coño, lenta pero firme.

A esas alturas estaba completamente fuera de control, incluso si hubieran querido follarme uno tras otro, no habría encontrado la fuerza de voluntad siquiera para intentar protestar. Mi cuerpo quería una polla y en realidad estaba recibiendo dos, dado que mientras Jason me follaba la garganta a un ritmo cada vez más veloz, Ronnie había hundido su rabo en mi coño mojado, empezando a machacarme agresivamente. Esos hombres eran tan decididos y brutales que habían conseguido superar todas mis inhibiciones, satisfaciendo sus sucios deseos.

Muy lejos del estilo caballeroso de mi David para hacer el amor.

Mientras Ronnie sostenía mis piernas abiertas apretando mis muslos con sus manos como garras y se hundía golpe tras golpe en mi coño, sentí que Jason se detenía entre mis labios. Su cuerpo se volvió un manojo de nervios tensos, sus abdominales se contrajeron y comenzó a disparar largos chorros de semen en mi garganta, manteniendo mi cabeza quieta, mientras descargaba todo su placer en mi boca.

—¡Oh, mierda! ¡Jessica! Me corro, me corro, me corrooo... Me corro en tu boca...

Para evitar ahogarme, me vi obligada a tragar ese río de esperma caliente, luego sus contracciones disminuyeron y se deslizó fuera de mí. Cuando vi emerger de mis labios su enorme polla, hinchada y toda mojada, no pude resistirme, la tomé en mi mano y la pasé por mis labios cerrados, por mis mejillas y luego limpié las últimas gotas de semen que salían del capullo lamiendo con avidez.

Jason se dejó caer de lado, abandonándose a mis atenciones. —Joder... Sí... Eso es, así, buena niña, lámelo todo...

Recogí el esperma que había salpicado en mi rostro con mi dedo índice y lo chupé, mientras Jason se alejaba de mí, dejando su lugar a otro de ellos.

Estaba preparada para todo y una nueva polla ya estaba ahí para mí.

El otro hombre, Burt, metió un dedo en mi boca, como para probar el calor húmedo de mi lengua, luego lo sacó y lo reemplazó con su duro falo. Por fortuna estaba menos dotado que Jason, tenía una polla normal, pero muy dura: era evidente que llevaba un rato menándosela, disfrutando del pequeño espectáculo que se había presentado ante sus ojos.

Escuché su voz cavernosa incitándome sin miramientos.

—Nunca tienes suficiente, ¿eh? Toma también mi polla, zorrita.

Lo miré fijamente por un segundo. Una sonrisa maliciosa iluminaba su rostro arrugado, marcado por los años y el trabajo: podía tener la edad de mi padre y tal vez más. Separé mis labios y lo dejé entrar, su verga se deslizó por mi lengua y comenzó a follar con violencia mi boca, haciendo que ríos de saliva corrieran a ambos lados de mi barbilla.

Embestida tras embestida se empujaba en mi garganta sin restricciones, acompañando su movimiento de martillo con las caderas.

—Mmm... Mmm...

Quería protestar, traté de obstaculizarlo empujando con mis manos en su pelvis, pero él era mucho más fuerte que yo; me estaba usando a su antojo, haciéndome sentir una cerda, puta hasta la médula, y eso no hacía más que provocar un aumento de mi libido.

Ya había vaciado la gran polla de Jason y estaba chupando otra, pero quería más y Ronnie parecía haber anticipado mi deseo. Sosteniendo mis piernas bien abiertas, estrellaba su polla en mi coño con embestidas impetuosas, haciendo que me estremeciera con cada estocada, con mis tetas bailando al ritmo de sus embistes. Lo miré, tenía los dientes apretados y la expresión de un verdadero guerrero.

—Ten, putita, toma toda mi polla.

Agarré mi trasero con mis manos y me abrí para él, quería que me llenara por completo. Ronnie exigió aún más: con los ojos entrecerrados llevó dos dedos a mi agujerito mojado por los fluidos que goteaban de mi coño, y los empujó dentro de mí con una sonrisa satisfecha.

—Mira esto, mira que lindo agujerito mojado que tienes. Necesitamos dejar que él también se divierta un poco, ¿qué piensas?

Mi ex novio me había metido un dedo allá abajo, pero nunca le hubiera permitido ir más lejos. Habían pasado muchos años desde esa vez y mi David nunca se había acercado siquiera a tocarlo.

—No, ahí no...

Esas palabras salieron de mi boca en el preciso momento en el que hundió ambos dedos profundamente en mi culo, mientras seguía atravesando mi coño con su gran polla dura.

Comenzó a moverlos, explorando cada centímetro con las yemas de sus dedos, extendiéndolos para acostumbrarme a su presencia y preparándome para lo que nunca pensé que tendría que sufrir por parte de un extraño. Tenía los ojos fijos en el techo y mi corazón empezaba a bailar samba esperando su próximo movimiento, el cual sabía que me haría perder por completo el poco control que me quedaba.

—No lo hagas... Yo... no...

No tenía la menor intención de prestar oídos a mis miedos. Sacó su polla de mi coño y quitó los dos dedos de mi culo para apoyar la punta de su glande empapado en mi agujerito.

—¿Estás realmente segura? ¿No quieres que lo haga?

Lo mío no era solo miedo, era también pudor, una forma de educación católica rigurosa que me habían inculcado desde pequeña, pero que en el tiempo no había hecho más que aumentar mi curiosidad y la excitación que sentía en ese momento.

No le respondí, pero tampoco opuse la más mínima resistencia a su polla, que lenta y trabajosamente se introdujo en el agujero de mi culo, a esas alturas preparado para todo.

Lo sentí forzar mi entrada, el glande me estiró al máximo, Ronnie dio un pequeño empujón y

entró, haciéndome gritar.

—¡Ay! Dios... Eres demasiado...

Apreté los dientes mientras sentía a esa bestia que penetraba mi culo llenarme las entrañas.

¡Dios, qué grande era! La sentí deslizarse dentro de mí hasta el fondo, luego salió unos centímetros, para hundirse nuevamente en mi interior.

Por el rabillo del ojo vi a Luke, apoyado en la pared frente a mi acariciarse su dura polla y hacer un gesto a Matt, el más joven y tímido de todos, que estaba parado en la puerta de la caravana.

—Vamos, Matt, solo faltas tú. Si no aprovechas ahora eres un verdadero idiota...

—Bueno, si insistes...

Lo vi entrar, quitarse los pantalones cortos y avanzar hacia el comedor con la polla ya erecta en su mano.

*Dios, ¿qué quieren hacer ahora?*

Abrí la boca tratando de hablar, pero Burt empujó con su pelvis entrando profundamente en mi boca, llegando a follarme la garganta como había hecho Jason momentos antes. Me dejaba un segundo para tomar un poco de aire, luego hundía de nuevo su polla en mi boca, apretando mis mejillas para abrirme mejor.

—Mmm...Mmm...Mmm...

No podía hablar, me limitaba a gemir de placer mezclado con dolor por las dos pollas que me estaban follando el culo y la garganta al mismo tiempo, pero no era suficiente.

—¡Mmm! ¡Mmm! ¡Mmm!

Mis gemidos, en lugar de apaciguarlos, excitaron aún más tanto a Ronnie que continuaba follándome el culo sosteniendo mis piernas bien abiertas por los tobillos, como a Burt, arrodillado a mi lado con su polla completamente metida en mi boca.

Con la cabeza inmovilizada por sus manos, a través del rabillo del ojo vi a Matt subirse a la cama y arrodillarse a horcajadas sobre mí, apoyando sus pelotas calientes en mi vientre. Entonces tuve claras sus intenciones.

Me invadió un estremecimiento de miedo: ¿podría manejar tres pollas a la vez? ¿Una en la boca, otra en el culo y otra en el coño?

Matt no me dio tiempo a pensar en ello: se agachó y metió toda su polla en mí, haciéndome saltar en la cama.

En ese momento, Burt sacó su polla de mi boca para dejarme respirar y yo me dejé llevar por mi lascivo placer, sorprendiéndome de mí misma.

—¡Ay! ¡Dios! ¡Sí, joder! Vamos, chicos, folladme así, por el culo y por el coño, más fuerte, rompedme toda...

No tuve tiempo de terminar la frase antes de que el hombre, excitado por mis palabras, hundiera nuevamente su verga en mi boca y explotara en un violento orgasmo.

—¡Mierda! ¡Mierda! Me corro, así, así, me correré en tu boca...

Su polla comenzó a latir en mi garganta, rociándome con olas de esperma caliente que no podía evitar tragar. Bebí todo lo que salió de su capullo hinchado, lo tragué con avidez, luego comencé a trabajar con mi lengua su sensible punta, haciendo que se estremeciera por el placer extremo.

Me sentía como una auténtica guarra, ya no tenía más ataduras, solo quería saciar mis deseos y satisfacer a esos tres hombres que me poseían como animales.

Ronnie y Matt, al ver a su amigo correrse en mi boca, aumentaron el ritmo de sus embestidas; sentía a sus pollas destrozarme el coño y el culo al mismo tiempo. Matt alcanzó mis tetas y pellizcó mis pezones.

—Eres preciosa, Jessica, tienes un coño estupendo... Y qué tetas... Quiero correrme sobre ellas...

Sus palabras, combinadas con la sensación de total llenura que experimentaba por primera vez en mi vida, me hicieron llegar a un segundo e inolvidable orgasmo.

—¡Ooh! ¡Oh Dios! ¡Sí! ¡Sí! Siii... Jesús... Sí...

Eché la cabeza hacia atrás, mientras mi cuerpo era atravesado por espasmos salvajes. Mis ojos se pusieron en blanco.

Al ver mi orgasmo, Matt no pudo resistir más. Sacó su polla hinchada de mi coño, justo a tiempo para rociar sobre mí todo su placer.

—¡Oh, mierda! ¡Mierda! Me corro... Me correré sobre ti...

Levanté la cabeza y abrí la boca con la lengua afuera, vi su vientre tensarse y relajarse al ritmo de sus poderosas salpicaduras. La primera terminó directo en mi boca, la segunda en la mejilla y las otras tres llenaron mis tetas de lefa caliente. Esa lluvia de placer fue una sensación sublime para mí.

Satisfecho por su orgasmo, se echó largamente sobre el colchón, con su cuerpo aún contorsionándose de placer. Había quedado solo Ronnie, todo sudoroso, todavía sosteniendo mis piernas con fuerza y follándome el culo.

—Eres una cerda, Jessica. Estás llena de lefa... Mira qué perra eres... Toma, toma, te rompo el culo.

Lo miré directo a sus ojos verdes mientras destrozaba el agujero de mi culo, saqué la lengua para lamer la corrida de Matt en mi cara, haciéndolo llegar al clímax de inmediato.

—Sí, así, bien hecho, lame toda la lefa... ¡Así, así, mierda! ¡Me corro! ¡Me corro! Me corro en tu culo...

Sentí su polla hincharse en forma desmesurada, el calor de sus chorros de semen llenaban mis entrañas, mientras se contraía hundiéndose su rabo profundamente en mi culo.

Exhausto se desplomó sobre mí, sin que le importaran mis tetas llenas de semen; me miró a los ojos con su picha lentamente desinflándose en mi interior y me besó apasionadamente. Nuestras respiraciones excitadas se unieron a los ritmos de los poderosos latidos de nuestros corazones.

—Dios, Jessica... Eres... Estupenda...

—Tú eres... estupendo.

Me giré buscando con la mirada a los otros hombres alrededor mío en la caravana.

—...*Vosotros*, sois estupendos. Nunca había experimentado algo así.

Jason se acercó.

—Sí, fue hermoso. Pero creo que ahora te vendría bien una ducha.

Me sonrió y luego me tomó en brazos, levantándose como si fuera una pluma.

—Vamos, muchachos, ¿no queremos ayudarlo a lavarse?

—Claro, jefe.

Luke incitó a los demás chicos que lo siguieron fuera, charlando entre ellos.

Tan pronto como Jason salió por la puerta, un chorro de agua fría cayó sobre nosotros desde arriba. Debatándose con los brazos en alto, pude ver a Ronnie disparando con la manguera a toda presión dirigida hacia el cielo, creando una fuente bajo la cual todos se lanzaron, riendo y empujándose como niños en la playa.

Ese día, que empezó de una manera extraña, en el que casi había arriesgado mi vida, terminó así, de una manera aún más extraña, preludio de una noche que sería realmente memorable.

\*\*\*

Eran poco más de las ocho de la mañana cuando, en el umbral de la caravana, con mi taza de café en mano, vi llegar desde el sendero del bosque un Defender con dos personas a bordo: mi madre estaba allí y de David aún no había señales. Perfecto.

Dando tumbos entre piedras y baches, se detuvo en el jardín, tocando el claxon dos veces.

Jason fue el primero en salir por la entrada de la casa para ir al encuentro de su amigo.

—Entonces, ¿qué me dices, Michael? ¿Cómo está la carretera estatal, todavía intransitable?

—Eh, sí, lo intentamos, pero aún están trabajando para despejarla. Tomé el camino del bosque y aquí estamos.

Mi mamá abrió la puerta para bajar del auto pero Jason la detuvo, al verla vacilante por el suelo aún embarrado.

—Espere, señora Taylor. Hay mucho barro, corre el riesgo de tropezar con los escombros. —Se acercó a la puerta del lado del pasajero y le tendió la mano como un verdadero caballero, aunque sólo vestía pantalones cortos y tenía el torso desnudo.

—Encantado de conocerla, soy Jason Wilson, el jefe de la obra. Usted es la madre de Jessica, ¿verdad?

Mi madre levantó los ojos del suelo para recorrer lentamente las musculosas piernas de Jason y escanear su torso imponente y bronceado. Le tendió la mano con aire principesco y él la besó, haciendo que se sonrojara.

—¡Oh, qué... caballero! El gusto es todo mío, pero puedes llamarme Samantha.

La vi agitar sus pestañas con una sonrisa que hacía mucho tiempo no se dibujaba en su boca; habían pasado cinco años desde que mi padre la había dejado para escapar con una cocinera rusa, y desde entonces ella se había negado a salir con hombres, aunque solo fuera para encuentros casuales. Y pensar que sus cuarenta y dos años los llevaba muy bien, tanto que con frecuencia nos confundían con hermanas.

—¡Mamá! ¡Estoy aquí, eh!

—¡Oh, querida! ¿Estás bien?

Me dirigí hacia el auto descalza con las sandalias en la mano, había aprendido cómo moverme y el barro ahora se estaba secando.

—Muy bien, Jason y sus muchachos cuidaron de mí. Estuvieron magníficos.

Miré a Jason y él me guiñó un ojo. —Bueno, Jessica, solo cumplimos con nuestro deber para tratar de alegrar tu estadía aquí en la obra. Y los muchachos quedaron muy contentos con tu presencia.

Me puse roja como un tomate, mi madre me miró intentando contener una sonrisa: lo había entendido todo.

—Bien, querida, estaba algo preocupada, ¿sabes? David también, por cierto, pero veo que estabas en buenas manos.

Me guiñó el ojo ella también, elevando aún más la temperatura de mis mejillas.

El sonido de un coche rompió el clima de vergüenza que me estaba matando; Jason se dirigió a Luke asomado al segundo piso.

—Luke, ¿quién viene? ¿El señor Harris?

—Sí, jefe, debe ser él, es un Grand Cherokee gris.

En cuestión de segundos David llegó al jardín y estacionó, dando el relevo al Defender que se dirigió hacia el bosque.

Bajó del Jeep y se acercó de puntillas, para no manchar sus Batcombe de cuero rojo cepillado.

—Buenos días a todos. Hola Jessica, ¿cómo estás? ¿Todo bien?

Esperar un abrazo de David en público era una utopía, incluso en tales circunstancias.

—Sí, todo está bien, David. El señor Wilson y sus muchachos cuidaron de mí; son verdaderamente muy... buenos.

—Ah, menos mal. Gracias Wilson, sabía que podía confiar en ti.

Tendió su mano a Jason, quien se estiró para estrecharla.

—Faltaba más, señor Harris, fue un verdadero placer.

—Agradezca también a los muchachos, espero que la presencia de Jessica no haya sido un problema para ellos.

—En absoluto, al contrario, fue un placer, se lo puedo garantizar. Creo que acaban de despertar;

sabe estaban un poco cansados, ayer fue un día bastante ocupado para todos. En cualquier caso, si espera unos minutos, deberían venir aquí abajo.

—Eh, lo siento Wilson, tengo una cita a las nueve y media en el estudio y no puedo faltar. ¿Nos vamos, Jessica? Puedes venir conmigo y hacer que tu madre lleve tu auto de regreso abajo. ¿Te parece bien, Samantha?

—Por supuesto, no es un problema. En todo caso, ya que estoy aquí, echaré un vistazo a la casa: tengo curiosidad por ver cómo avanza la obra. ¿Me acompañas tú, Jason?

—Em, mamá, tal vez Jason y los chicos estén ocupados. Si quieres podemos regresar mañana con calma.

Mi madre desenfundó una sonrisa y guiñó un ojo a Jason, quien respondió al instante.

—Pero no, Jessica, será un placer mostrar a tu madre de lo que son capaces mis muchachos cuando se esfuerzan. Para ellos será una gran satisfacción hacer gala de sus habilidades manuales.

Me pregunté si dejar a mi madre sola con esos cinco grandullones era buena idea, entonces vi una extraña luz en sus ojos y todas mis dudas desaparecieron. Por lo demás, ciertamente no podía insistir sin una razón válida.

—De acuerdo, entonces nosotros nos vamos. Te veré en casa en un rato, mamá.

—Id, id, querida. Los seguiré dentro de poco.

David y yo subimos al Jeep y nos dirigimos hacia el sendero; espié por el espejo retrovisor y vi a Luke cruzar el jardín empujando la carretilla en dirección a mi madre, seguido por Ronnie, Matt y Burt.

Cerré los ojos y fingí no ver.

\*\*\*

Tan pronto como llegamos a casa, David voló al estudio y me dijo que volvería por la noche. Ni siquiera me detuve a preguntarle por qué, mi cabeza aún estaba atrapada en las emociones del día anterior.

Alrededor de la una traté de llamar a mi madre, pero en su móvil saltaba el contestador.

*¡Por supuesto! Ni una vez podía llevarlo consigo.*

Tenía curiosidad por saber si la casa le había gustado y cuándo llegaría, pero la esperé toda la tarde en vano.

A las seis en punto mi teléfono sonó, era un número privado. Rápidamente pensé lo peor.

—¿Hola?

—¡Hola, querida! Soy yo.

—¿Mamá?

De fondo podía distinguir voces masculinas que se alternaban con risitas bajas.

—Sí, Jessica... ¡No! Vamos... ¡Ji! ¡Ji! ¡Ji! ¡Basta, Burt! Emm... El coche, ¿lo necesitabas esta noche?

—¿Mamá?!

—¿Eh, querida? Tengo que llevártelo... Uuh... Ronnie, espera un momento... Decía, puedo llevártelo... Ooh... ¿Mañana por la mañana?

No estaba segura si reír o llorar, entonces pensé en lo mucho que mi madre necesitaba un poco de... distracción. Los muchachos eran realmente muy buenos en eso.

—No, mamá, no lo necesito esta noche. Supongo que la carretera sigue bloqueada, ¿verdad? Puedes dormir allí, no creo que sea un problema para los chicos...

—Um... Exacto, pensaba... Uh, Dios... Decía que estaba pensando precisamente en hacer eso... Ahora te dejo, los muchachos... ¡Luke! ¡Dios mío! Decía que los muchachos quieren

mostrarme la caravana.

—Ah, sí, la caravana... Ya verás, te gustará. Te dejo, hasta mañana y... buenas noches.

—Buenas noches querida... Oh, Dios mío... Es enor...

*Tuu... Tuu... Tuu...*

Gracias por haber leído mi historia,  
espero que la hayas disfrutado.

Si deseas dejarme una reseña,  
estaré encantada de leerla!

**[En este enlace encontrarás todos mis escritos](#)**

Sígueme para no perderte mis últimas publicaciones en español.

*Feliz lectura y... ¡diviértete!*